

Nedim
Gürsel
El ángel rojo



alianza Literaria

Nedim Gürsel

El ángel rojo

Traducido del francés por Carmen Torres París y M.^a Dolores Torres París

Índice

Berlín

- I
- II
- III
- IV
- V
- VI

El poeta y el diablo

- «Stalin es mi padre, él me creó»
- «Tu amante es comunista»
- «En la ciudad blanca de mis más bellos días»
- «Todo va bien, va muy bien»
- «Varna me ha vuelto loco de remate»
- «He atravesado un bosque de ídolos»
- «Las medallas son como los inseparables loritos»
- «El mar Caspio es parecido a un lago muerto»
- «Lenin. Sí, por supuesto, Vladimir Ilitch»
- «Trotski toca la campanilla y todos llaman a rebato»
- «Intentaron expulsarme del Partido, pero no lo consiguieron»
- «Héteme aquí, a punto de cumplir los sesenta y enamorado»
- «Me dijo por qué no mueres»

Ali Albayrak

- 1
- 2
- 3
- 4

La mujer del zarcillo

- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6

Créditos

*A Nâzim Hikmet, augur de los «días felices»
que jamás llegaron.*

*Con su afilada perilla apesadumbrado escuchaba
el diablo y la mentira provocaba un dolor indes-
criptible en su sagaz cabeza de irreductible.*

NÂZIM HIKMET

*¿Quién puede asegurar que conoce a su verdade-
ro padre?*

JAMES JOYCE

En esta novela, excepto Nâzim Hikmet y los personajes históricos, todo es ficción.

BERLÍN

I

No recuerdo haber visto nunca Berlín tan desierto ni tan enterrado bajo la nieve. Cuando el avión empezó a descender hacia el aeropuerto de Tegel, lo primero que vi fue un manto blanco que se extendía hasta el infinito. El cielo nublado, de color plata, empezaba a oscurecer; el sol era invisible. En esa claridad de agonía borrosa y sin brillo, el mundo parecía despoblado, tan irreal como una leyenda. Luego, poco a poco, distinguí los lagos helados, los árboles surgiendo de la nieve y los tejados blancos. Y, por supuesto, la torre de la televisión brillando en el crepúsculo. La primera vez que vine, me contaron que los alemanes occidentales llamaban a este símbolo del Berlín Este el «Espárrago». En aquel entonces también estaba en pie el Muro —la ciudad dividida en dos como una sandía de Diyarbakir—, y la torre, que era el orgullo de los habitantes de la parte Este, tal vez sea el único recuerdo de la época que me hace soñar. Solía decirme a mí mismo que algún día, como un reto, me subiría a la torre cual ave migratoria y miraría la ciudad y el muro tendidos a mis pies.

A veces, si el tiempo estaba despejado y el sol brillaba, se dibujaba una cruz de luz en los ventanales del restaurante giratorio. Como si Dios quisiese vengarse del comunismo. Erich Honecker había cerrado todas las iglesias de Berlín Este, pero no podía impedir aquellos juegos de luz. Me sería muy fácil ahora subir a la cúspide del «Espárrago» y contemplar Kreuzberg y las callejuelas por las que deambulan mis compatriotas, los tejados de Charlottenburg, los lagos y los bosques, el campanario en ruinas de Kaiser-Wilhelm-Gedächtniskirche, que recuerda la guerra y por delante del cual, antaño, pasaba todos los días.

Yo estaba lógicamente familiarizado con aquellas palabras interminables enlazadas unas a otras como los coches de los tranvías del Este, con los sonidos firmes y las inflexiones rígidas de esta hermosa lengua, pero no sabía hablar el idioma de Goethe. Lo que me interesaba entonces era el poeta Nâzim Hikmet, sobre el que estaba escribiendo un libro.

Esta vez, al bajar del avión, no tomé el autobús 109. Me subí a un taxi y le di al conductor la dirección del hotel. Atravesamos la densa arboleda de Volkspark. El Hohenzollernkanal estaba helado. Se extendía hacia la ciudad, ancho, blanco, uniforme. La nieve cubría tanto la calzada como las aceras. Avanzábamos muy lentamente. Y yo tenía prisa, quería llegar puntual a mi cita. Balbuceé tratando de decirle al taxista que fuese más rápido, pero no se inmutó. Mis palabras debían de ser ininteligibles. El alemán me gustaba mucho, me había conquistado ya en la época en que residía aquí, pero no lo había aprendido. No tenía ni el tiempo ni, sobre todo, las ganas de hacerlo. No me interesaba la «revolución», como se decía entonces, sino la investigación. Durante mucho, muchísimo tiempo, me sumergí en el mundo de Nâzim Hikmet. Me hicieron falta muchos años para librarme de su influencia.

Al salir de la Kaiser-Friedrichstrasse para internarnos en las estrechas calles de Charlottenburg, el taxi redujo considerablemente la marcha. Me sentía como en una película en blanco y negro proyectada a cámara lenta. Daba la impresión de que avanzábamos pero manteniéndonos en el mismo lugar. Empezaba a perder la paciencia. Los vehículos estacionados a lo largo de la calle estaban enterrados bajo la nieve. Los cafés y restaurantes permanecían abiertos, pero completamente desiertos. Luces macilentas brillaban detrás de los cristales empañados. Un autobús vacío nos adelantó sin hacer ruido. Incluso ese vehículo iba más rápido que nosotros. Quise hacérselo notar al taxista, pero no encontré las palabras. Y no tuve ánimo para verbalizar mis

quejas en inglés. Pasito a pasito, lentos pero seguros, por fin llegamos al hotel de la Bleibtreustrasse. Una vez allí, me di cuenta de lo absurdo de mi nerviosismo.

El reloj de la recepción marcaba las cuatro de la tarde. Me había olvidado de la diferencia horaria entre Estambul y Berlín. Quedaba una hora para la cita, una hora entera, y no tenía ni idea de en qué podía emplearla con aquella nieve. Dejé el equipaje en mi habitación del cuarto piso y me fui a dar un paseo por la Kurfürstendamm. Los escaparates iluminados, los elegantes cafés, seguían allí, pero, aparte de unos cuantos coches equipados con cadenas, las calles estaban casi desiertas. La ciudad parecía despoblada. La nieve amortiguaba los sonidos. Ni siquiera se oía el ruido del autobús de dos pisos que circulaba en ese momento. Después del barullo del tráfico y los embotellamientos de Estambul, la tranquilidad y el silencio de Berlín me parecieron inquietantes.

A las cinco en punto de la tarde, cuando entré en el café Weyers, ya era de noche. Me senté en una mesa a la izquierda de la barra, en el espacio reservado para fumadores. Al otro lado del ventanal, en el parque, detrás de las ramas desnudas, se vislumbraba la Ludwigskirche, la iglesia de San Luis, enterrada bajo la nieve. Su campanario verde mohoso y sus paredes de ladrillo de formas imprecisas le daban una apariencia espectral. Tenía un aire extraño, misterioso, como de otro planeta. Me pareció muy diferente del edificio cuyo reflejo contemplaba antaño, sentado en el parque al claro de luna, en el agua del estanque, y cuyas escaleras subía en ocasiones, no para asistir a misa, sino para observar a los fieles. No me pareció que Berlín hubiese cambiado, pero confieso que no me gustaba nada bajo la nieve.

Una camarera encendió la vela posada en la mesa. Llevaba el pelo rojo recogido en una cola de caballo sobre la nuca y los labios pintados de carmín rojo ladrillo. Vestía una blusa blanca bajo un chaleco rojo, un pantalón negro ajustado.

tado, cuidadosamente planchado, y una corbata roja con lunares blancos alrededor del cuello. Sus ojos azules me hicieron pensar en los ojos «centelleantes» de Mustafa Kemal que elogia Nâzim Hikmet en su *Kuvayi Milliye*. Pero antes de nada debo pedir excusas por citar a este poeta a cada paso. Me explicaré sin más preámbulos: he venido a la capital de la Alemania reunificada para recuperar ciertos documentos que le conciernen. Debía haberles informado desde el principio, pero el aterrizaje en el Tegel con semejante nevada, el camino interminable, el miedo a llegar tarde a mi cita y la emoción (entreverada de tristeza, debo confesarlo) de volver a ver Berlín hicieron que lo olvidase.

La camarera se acercó y me preguntó qué deseaba. Estuve a punto de responderle: «Los documentos, ¡y volando!». Desgraciadamente, no era ella quien los tenía, sino un individuo que llegaba tarde y cuyo nombre ni siquiera conocía. Pedí un café y un *Korn*. Aparte de mí, no había ningún cliente. Al cabo de un rato, el establecimiento empezó a llenarse. Sin embargo, la persona que esperaba no acudió.

Dos días antes, una voz aguardentosa me había dicho por teléfono, sin revelar su identidad, que tenía importantes documentos relativos a Nâzim Hikmet y el Partido Comunista Turco y que, en lugar de remitirlos a ciertas instituciones, quería confiárselos a un escritor cuya honestidad estuviese fuera de toda duda. La voz, estropajosa, ronca por el alcohol y el tabaco, era la de un viejo. Las palabras turcas salían a cuentagotas de su boca, como si hubiese empezado a olvidar su lengua materna. El hombre hablaba despacio, sin hacer una pausa. No quería dar detalles por teléfono, pero me propuso que nos reuniésemos en Berlín el día que me conviniese. Sugerí una cita al día siguiente en el café Weyers.

Ahora lamentaba haberme precipitado y haber venido aquí sin hacerle ni una pregunta. ¿Por qué me había dejado convencer tan rápido? Sin duda porque se trataba del gran

poeta a quien había consagrado varios años de mi vida: abrigaba la esperanza de averiguar nuevas cosas acerca de él. En cuanto al Partido Comunista Turco, me traía sin cuidado. Después de todo, yo era biógrafo, no historiador político.

Me dije que probablemente el hombre no acudiría a la cita. O bien quiso ponerme a prueba, o bien tomarme el pelo. O tal vez fuese un amigo que me gastaba una broma. A mi regreso a Estambul se excusaría diciendo: «Nunca pensé que irías hasta Berlín por los bellos ojos de Nâzim». Y yo le respondería: «Tienes razón. A veces, de cazar pensamos, cazados quedamos».

Pensé en *Cazadores en la nieve*, el famoso cuadro de Brueghel. Seguidos por los perros, los cazadores llegan desde la espesura, silenciosa y desnuda, apenas con una pieza, bajo un cielo plomizo en un paisaje que desaparece bajo la nieve; van de vacío, a lo largo de una hilera de hayas en cuyas ramas están posados los cuervos. La escena expresa una profunda tristeza. Aunque mi caza no tuviese nada que ver con la de Brueghel, a mí también me daba la impresión de volver con las manos vacías. Estaba furioso y confundido. Me habían tomado el pelo y había hecho un viaje en balde. Había sido víctima de un engaño y había mordido el anzuelo. ¡Dios sabe lo que podría ocurrir a continuación! ¡Podía darme con un canto en los dientes si sólo era una broma pesada! ¿Y si me hubiesen tendido una trampa? ¿Y si alguien me esperaba en la esquina de una calle para matarme? Un cadáver tirado en la nieve, un escritor asesinado en Berlín. Morir en esta ciudad martirizada, tantas veces destruida y quemada pero renacida siempre de sus cenizas... Cazado como una perdiz. Pero ¿por qué? ¿Por qué querría nadie matarme? Yo no había hecho daño ni debía nada a nadie. No era ni un antiguo espía ni un miembro de una sociedad secreta. Mi único error era, después de varios años de interrupción, continuar con la batida de Nâzim Hikmet y, llevado de mi vieja pasión por el gran

poeta, buscar en Berlín huellas de su paso. Un paso del que, por cierto, apenas hay recuerdos aquí. Hikmet vino varias veces al Berlín Este con ocasión del Festival de la Juventud, pero sobre todo residió en Leipzig, para preparar los programas de Nuestra Radio, órgano del PCT. Sentía tanta nostalgia que de buena gana iría a casa del doctor Fausto para hacer un pacto con el diablo. No le habría pedido ni juventud ni riqueza, se contentaría con pasar una hora en Estambul. Con el corazón roto por la nostalgia, estuvo a punto de sellar ese pacto con su propia sangre. Pero la casa de Fausto no está allí, sino en Praga, y Nâzim nunca puso los pies en el Berlín Occidental. Murió en Moscú en 1963, mucho antes de la caída del Muro. Y fue mejor así. De lo contrario, habría visto desmoronarse la causa a la que dedicó su vida y por la que fue encarcelado. Tal vez se hubiese muerto de pena. ¿No dijo cuando, entre 1938 y 1950, fue encerrado en la prisión de Bursa que la vida del hombre dura en exceso, pero es más breve que la del cuervo? Aunque en su juventud no vio a Lenin, montó guardia en su tumba. Por lo menos no fue aplastado por la caída de los ídolos. Escribió orgulloso: «Quisieron expulsarme de mi partido / pero no lo lograron».

Lo imaginé, a la edad de diecinueve años, una tarde en Moscú, bajo la nieve, cerca de la plaza Pushkin. La noche caía y las farolas aún no estaban encendidas. Eran años de escasez. Llegado en el tren Batumi-Moscú, había atravesado regiones castigadas por la hambruna y, al descubrir que en Rusia reinaba una miseria mayor que la que había conocido en Anatolia, se sintió todavía más unido al país de la revolución. Pushkin seguía allí, tan pequeño, humilde y solitario, en su capa de bronce. Elegante como un dandi de San Petersburgo. Nâzim miraba al gran poeta. Como no había leído sus poemas, todavía no era capaz de ver su grandeza, probablemente demasiado ocupado en leer sin descanso las obras de Marx y Engels. No tenía frío. El fuego de la revolución ardía en su interior, tenía en su mano el

¿*Qué hacer?* de Lenin y sus ojos azules relampagueaban. Si hubiese tenido ocasión, le habría preguntado al camarada Vladimir Ilitch qué hacer. Se pasó el resto de su vida buscando la respuesta a esa pregunta sin encontrarla jamás. Aun cuando, con la autorización del Partido, hubiese montado guardia en la tumba de Lenin.

Pensaba en los acontecimientos subsiguientes a la muerte de Nâzim, después de la Primavera de Praga, que desembocaron en la destrucción del Muro de Berlín, diciéndome que el Partido había desaparecido llevándose con él un pasado poco glorioso, cuando la camarera pelirroja vino y me trajo un mensaje acompañado de un segundo *Korn* que no había pedido. Leí lo que estaba escrito en el papel: «No vaya a pensar que no he acudido a nuestra cita. Lo observaba, sentado en un taburete al otro lado de la barra. Ni siquiera se dio cuenta. Es lo habitual en este tipo de citas. Como dice en un poema Nâzim Hikmet, al que nosotros en el Partido llamamos *Sair baba*, “Papá Poeta”, quien dirige el juego “no aparece de inmediato”. Tengo los documentos. Y los informes. Nos vemos mañana a la misma hora, es decir, a las cinco de la tarde en el Dressler».

¡Vaya! Así que me había seguido, estaba detrás de mí en el café y, antes de irse, tuvo tiempo de escribir un largo mensaje e incluso de espiarme —apuesto a que con una sonrisa burlona—. Obviamente, quería picar mi curiosidad. Pues muy bien, me dije, si no tiene nada mejor que hacer... Vuelvo a pensar en el cuadro de Brueghel. Nâzim, una tarde, después de haber bebido como yo una copa tras otra, pese a que los médicos le habían prohibido beber y fumar, había escrito un poema en el que relataba su sufrimiento y sus paseos por Peredelkino en el bosque de abedules: había en su poema los mismos árboles desnudos que en el cuadro, las estrellas, e incluso una ventana donde brillaba una luz amarilla, pero no había cazadores. Al poeta no le gustaba la caza y recuerdo que repetía constantemente «A veces, de cazar pensamos, cazados quedamos».